

del pueblo quisieron subir á la torre á fin de apoderarse del loco, cuya exaltación hacia temblar á todos los espectadores.

—¡Bah, bah!—exclamó Coppelius—dejadle, que ya sabrá él bajar solo.

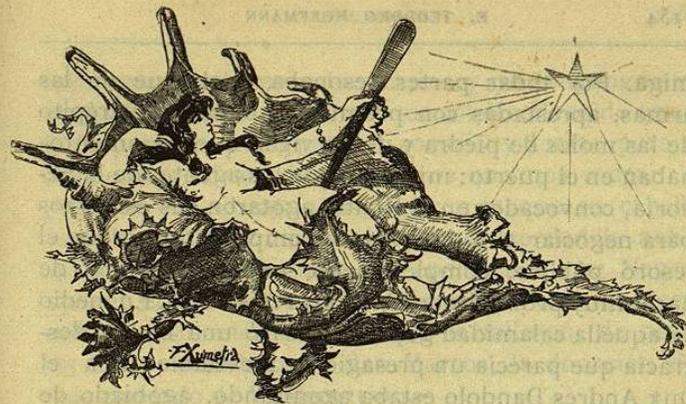
Y como mirase con la boca abierta las evoluciones del pobre Nataniel, este último, que acababa de inclinarse sobre la balaustrada, divisóle de pronto, le reconoció, y profiriendo una carcajada diabólica, precipitose de cabeza...

Levantáronle destrozado, mientras que Coppelius se perdía entre la multitud. Algunos años después, Clara, que había abandonado la ciudad después de aquel desgraciado acontecimiento, hallábase en un país lejano, donde la encontró Segismundo, el amigo de Nataniel. Era todavía una mujer joven y hermosa, y estaba á la puerta de una casita de campo; cerca de ella, un hombre de fisonomía dulce y grave, estrechábale la mano mirándola con amor, y dos graciosos niños jugaban á sus pies sobre el césped esmaltado de flores.



## ANNUNZIATA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



#### ANNUNZIATA

**D**AGANINO Doria, uno de los mejores capitanes genoveses, acababa de alcanzar una sangrienta victoria sobre los venecianos, en el mes de Agosto de 1354, tomándoles la ciudad de Parenzo. Sus galeras triunfantes cruzaban el golfo, frente á Venecia, como esas aves de rapiña que con rápido vuelo hienden los aires, rasan las ondas y persiguen todo cuanto se presenta á su voracidad.

Para la reina del Adriático era aquel un día de luto y de consternación; la nobleza y el pueblo esperaban los mayores desastres, y creíase que sólo un prodigio podía salvar á la república. Cuantos fueron capaces de llevar armas convocáronse en el puerto de San Nicolás; reuniéronse los barcos inútiles y se cortaron árboles seculares para formar barricadas, y dobláronse las cadenas que cerraban la entrada de las lagunas, á fin de oponer un fuerte obstáculo á la flota ene-

miga. Por todas partes resonaba el choque de las armas, aprestadas con premura, y el sordo estrépito de las moles de piedra y de las vigas que se amontonaban en el puerto; mientras que los agentes de la Señoría, convocados en el Rialto, agotaron sus esfuerzos para negociar á toda costa un empréstito, porque el tesoro público, completamente exhausto, había de hacer muy pronto imposible toda resistencia. En medio de aquella calamidad general ocurrió una nueva desgracia que parecía un presagio de inevitable ruina: el Dux Andrés Dandolo estaba agonizando, agobiado de pesar por los males de la patria. Cuando la campana de San Marcos anunció esta lúgubre noticia, el desaliento llegó á su colmo en la ciudad; los sitiados perdieron toda esperanza de salvación, como si el anciano Dux debiera llevarse á la tumba el Paladión de las libertades y del poderío de Venecia; y sin embargo, la pérdida de Dandolo no era irreparable, porque este Dux, amigo de la paz, y ya de edad avanzada, no podía presidir eficazmente las difíciles operaciones de un sitio. Era hombre nacido para hacer el bien; pero, poco capaz de grandes cosas, mejor sabía estudiar el curso de los astros que los manejos de la política, y era más apto para ordenar una procesión que para dirigir los movimientos de un ejército. Para la salvación de todos se debía elegir, pues, un Dux que fuese á la vez hombre de consejo y de acción, y que pudiera oponer á las amenazas del enemigo la autoridad de un nombre temible. Los patricios se reunieron en San Marcos para proceder á esta elección, y después de un largo y triste debate sobre las desgracias de la patria, el patricio más anciano, Marino Bodoeri, se levantó para tomar la palabra.

«No busquéis aquí, dijo á sus colegas, el salvador de la república, porque en este momento se halla en Francia, en Avignon; es Marino Faliero, nuestro em-

bajador cerca del papa Inocencio; y yo propongo elevarle al soberano poder, porque sólo en él reside nuestra esperanza; hábil para el consejo y fuerte para la acción, nos salvará de los peligros que nos rodean. A pesar de sus ochenta años, y por más que su cabello haya blanqueado en rudas fatigas, recordad la noble conducta que observó en otra época en el mar Negro, cuando era *proveedor* de las galeras de Venecia; recordad los eminentes servicios que le valieron, de parte de los *procuradores* de San Marcos, la donación del rico condado de Valdemarino.»

Este discurso de Bodoeri produjo una viva impresión en la Asamblea; el orador supo vencer hábilmente la oposición de algunos patricios; y Faliero fué nombrado por unanimidad. Las aclamaciones que saludaron la elección del nuevo Dux consideráronse como una garantía de éxito para el porvenir, como una verdadera inspiración del cielo; y muy pronto se olvidó el reinado paternal del difunto soberano, hasta por aquellos que más vivamente deploraban su pérdida. «Si hubiéramos tenido á Marino Faliero, decían algunos, los barcos de Paganino Doria no invadirían ahora nuestras playas.» Varios soldados inválidos recorrían la ciudad gritando: «¡Viva Marino Faliero, el vencedor de Morbassan!» Cada cual contaba á porfía alguna anécdota de la vida ó de las hazañas militares del nuevo Dux, y el entusiasmo llegó muy pronto á su colmo; por todas partes oíanse gritos de alegría y cantos de triunfo, como si la flota genovesa hubiera llenado ya con sus despojos la playa del Adriático.

Poco después, el regreso de las galeras venecianas, conducidas á Cerdeña por Nicolo Pisani, obligó á Doria á dejar su posición para evitar una sorpresa, y este incidente reanimó el valor de todos, pareciendo un feliz augurio para el reinado del nuevo Dux.—Doce patricios, escoltados por un séquito imponente, fueron al

punto en diputación á Verona, donde revistieron á Faliero de la púrpura ducal; y quince góndolas del Estado, mandadas por el Podestà de Chioggia y su hijo Tadeo Giustiniano, salieron al encuentro del Dux hasta Giozzo, á fin de conducirle con toda solemnidad á San Clemente, donde le esperaba el *Bucentauro*.

En el momento en que Marino Faliero se embarcaba, en la noche del tercer día de Octubre de 1354, un pobre joven estaba echado junto á los pilares de mármol que sostienen el frontis de la Dogana; sólo cubrían su cuerpo algunos andrajos, restos al parecer de una casaca de marinero; pero á través de sus desgarrones reconocíase, por el blanco pecho del joven y sus delicadas manos, que debía pertenecer á alguna noble familia. Como estaba muy flaco, marcábase mejor la regularidad de sus formas; su cabello de color castaño formaba rizos sobre la frente; su nariz aguileña y el fino contorno de su boca indicaban que su miseria del momento debía ser resultado de alguna desgracia. Aquel joven estaba echado sobre las baldosas de la Dogana, con la cabeza apoyada en el brazo derecho; el izquierdo estaba envuelto en un vendaje manchado de sangre; y sus miradas fijábanse con expresión sombría en el mar.

Era la hora en que todos los trabajos cesan; el ruido del puerto y los gritos de los marineros extinguíanse gradualmente, y sólo se oía á lo lejos el rumor producido por las mil góndolas misteriosas que durante la noche pasean en todos sentidos los amores de Venecia. El pobre joven continuaba solo, con su dolor y sus padecimientos; sus fuerzas se agotaban por instantes, y ya iba á perder el conocimiento cuando una voz cascada y plañidera murmuró muy cerca de él:

—¡Antonio, querido Antonio!...

El interpelado levantó penosamente la cabeza, y ha-

ciendo un esfuerzo para mirar hacia la Dogana, contestó con apagada voz:

—¿Quién está ahí? ¿Quién me llama? ¿Es alguna persona caritativa que quiere arrojar mi cuerpo al agua, ya que voy á morir?

En aquel mismo instante, una anciana se acercó cojeando al herido, é inclinándose sobre él, murmuró con sardónica sonrisa:

—Joven loco, ¿quieres morir precisamente cuando te llega la felicidad? ¿ves allá abajo, en el horizonte, aquellas ondas de oro matizadas por la púrpura del cielo? Pues esa es la señal de tu fortuna. Valor, pues, Antonio; la inanición te hace creer que vas á morir sobre esas piedras; pero no será así; es preciso que comas, que bebas y te reanimes.

Antonio reconoció en la anciana á una mendiga medio loca á quien á menudo veía acurrucada á la puerta del claustro de los franciscanos, siempre con el sarcasmo ó la sonrisa en la boca, y á la cual había dado limosna más de una vez.

—Dejadme en paz, vieja bruja—contestó con impaciencia;—el hambre, más que mi herida, es la que me tiene tendido aquí como un perro, pues hace tres días que no gano con qué comprar un pedazo de pan; querría arrastrarme hasta el monasterio para pedir un poco de sopa de los pobres, pero ha pasado ya la hora de la distribución, y todos mis compañeros se han ido sin que ninguno tuviese la humanidad de recogerme en su barca. Mejor quiero morir que padecer más tiempo.

—¡Hi, hi, hi!—murmuró la vieja—¿por qué has de perder la esperanza? Dices que tienes sed y hambre; pues bien, aquí hay con qué satisfacer una y otra; come esos pececillos secos que acabo de comprar ahora en la Zecca; bebe la limonada que te traigo, y aquí tienes también pan tierno; toma todo esto, hijo mío, y cuando concluyas, procuraremos curar tu brazo herido.

Así diciendo, la anciana sacaba de un zurrón las provisiones que tan liberalmente ofrecía.

Cuando Antonio hubo refrescado sus ardientes labios, y comido con la mejor gana lo que su protectora acababa de darle, la anciana examinó la herida con tierna solicitud; el brazo estaba muy magullado, mas no era difícil la curación. La vieja practicó varias fricciones con un poco de unguento que llevaba en una cajita, y continuando su conversación con Antonio, preguntóle:

—¿Quién te ha golpeado tan bárbaramente, hijo mío?

Antonio, que había cobrado un poco su vigor, levantóse al oír esta pregunta, y con la mirada ardiente y la mano derecha crispada, exclamó:

—¡Es Nicolás el marinero, que siempre tiene envidia de mí cuando alguna mano bienhechora me alarga una moneda! Ya sabes, buena mujer, que yo me ganaba la vida descargando fardos en el puerto y conduciéndolos después á los almacenes alemanes, en el *Fontego*.

Al oír la palabra *Fontego*, la anciana comenzó á sonreír, murmurando con extraña volubilidad:

—¡Fontego, Fontego, Fontego!

—¡Cállate y deja tu sonrisa estúpida si quieres que hable! — exclamó Antonio, golpeando el suelo con el pie.

La vieja se calló y el joven continuó diciendo:

—Había reunido ya algunos cuartos para comprar una casaca nueva, y muy satisfecho de verme un poco más decente, me contraté en el gremio de gondoleros. Como siempre estaba alegre y era robusto y activo, y sabía muchas coplas para divertir á mis pasajeros, diariamente recogía algunas monedas más que mis camaradas; pero muy pronto, envidiosos estos de mi bienestar, consiguieron indisponerme con el patrón de mi góndola y fui despedido, viéndome obligado á desempeñar de nuevo el oficio de cargador. Ahora

bien, hace tres días que, hallándome cerca de San Sebastián, aquellos indignos compañeros la emprendieron conmigo á pedradas y á palos, cuando me ocupaba en descargar un barco; me defendí como un león; pero el cobarde Nicolás me asestó por la espalda un golpe con un remo, aunque por fortuna no hizo más que magullarme el brazo izquierdo... Ese unguento con que me has friccionado me produce ya mucho alivio, y si Dios quiere, parece que pronto recobraré todo mi vigor.

Y como Antonio agitara su brazo en el aire con poca satisfacción, haciendo después el movimiento propio para remar, la vieja le dijo con voz profética:

—¡Rema, hijo mío, rema sin temor, pues ya se acerca á ti la fortuna; el oro brilla en medio de los fulgores del sol poniente; rema una vez más, porque será la última!...

Antonio no escuchaba ya las exclamaciones de la vieja, porque en aquel momento ofrecíase á su vista un espectáculo magnífico: desde San Clemente, el *Bucentauro* avanzaba majestuoso como un gigantesco cisne, empavesado con el león adriático y cortando las olas bajo el esfuerzo de los remeros; al rededor, en el remolino de las ondas, saltaban mil góndolas adornadas con banderolas de todos colores; y el horizonte de las lagunas, abrasado por los esplendores del sol poniente, proyectaba sobre aquel animado cortejo y en los edificios de Venecia los últimos rayos del astro rey; pero mientras que Antonio, seducido por aquella visión maravillosa, olvidaba sus penas en medio de su muda contemplación, el fondo del cielo se enrojecía cada vez más, el viento arreciaba, y un trueno sordo anunciaba que la tempestad no tardaría en estallar. Poco después, una nube sombría, semejante á una inmensa cortina de plomo, se extendió por el cielo; las aguas del golfo se agitaron, y el *Bucentauro* gimió al primer

hálito de la tempestad, pareciendo que iba á ser absorbido de un momento á otro. A los alegres cantos que antes se oían, sucedíanse los gritos de terror de los marineros y del pueblo, que acudía presuroso á la playa.

Antonio seguía con ojo atento aquel desorden siempre creciente; pero de pronto hirió su oído un rumor de cadenas, y al volver la cabeza, vió que el huracán maltrataba á un bote amarrado en el muro: desatar la embarcación, empuñar los remos y lanzarla sobre las olas, fué para el joven marinero asunto de un instante. Los gritos de angustia llegaban á su oído cada vez más desgarradores: «¡Salvad al Dux, salvad al Dux!» decían, y por todas partes llegaban numerosas barquillas; pero sólo el hombre que al parecer debía naufragar, consiguió llegar al lugar del peligro; mientras que los esfuerzos combinados de la multitud eran infructuosos. La Providencia había elegido al pobre Antonio para salvar al Dux; y sólo su bote, bien gobernado á pesar de las enfurecidas olas que le asaltaban, ganó la proa del *Bucentauro*. Marino Faliero, de pie en el puente del buque, en una actitud tranquila y majestuosa, contemplaba con resignación el peligro, que iba en aumento de minuto en minuto; pero cuando Antonio arrojó su garfio de hierro para atracar al costado, el Dux recobró al parecer el vigor de su juventud, y saltó con tanta destreza como el más experto marinero. Antonio, orgulloso de llevar tan noble carga, enderezó el rumbo hacia la orilla, y condujo al futuro soberano sano y salvo hasta la plaza de San Marcos. El Dux, empapado todavía con el agua del mar, dirigióse á la iglesia, donde se terminaron las ceremonias de la coronación. El pueblo estaba poseído de espanto, así como la Señoría; todo el mundo buscaba vagos presagios en los incidentes de aquel día; y observóse particularmente que en la precipitación, in-

separable del desorden de semejante momento, el Dux había pasado entre las dos columnas que señalan el sitio de las ejecuciones sangrientas.

Nadie había pensado al parecer en el salvador del Dux; el mismo Antonio, rendido de cansancio, y padeciendo más que nunca por efecto de su herida mal cicatrizada, habíase retirado sin pensar en el premio que su abnegación merecía, y estaba echado, casi moribundo, en la escalinata del palacio ducal. Grande fué su sorpresa cuando, hacia la caída de la tarde, vió acercarse á él un guardia noble, que le condujo, aun vacilante, á las habitaciones del Dux. Marino Faliero le salió al encuentro, y entregándole dos bolsas bien repletas, le dijo:

—Amigo mío, hoy me has dado una prueba de que tienes valor y corazón, y como toda virtud merece su recompensa, espero que admitas estos tres mil cequíes; si quieres más, habla sin temor, pues nada puedo rehusarte; pero no vuelvas á presentarte jamás á mi vista.

Al pronunciar estas palabras, la fisonomía del anciano cambió del todo; sus ojos brillaron con sombrío fulgor, y su nariz se enrojeció; pero Antonio no se fijó en esta singularidad, pensando sólo, tanta era su alegría al verse poseedor de un pequeño tesoro, que le parecía muy bien ganado á costa de su vida.

Al día siguiente, Marino Faliero, revestido de la púrpura soberana y asomado al balcón de su palacio, contemplaba distraídamente al pueblo, entregado á las diversiones públicas. Bodoeri, su amigo de la infancia, estudiaba ansioso en su fisonomía las señales de un pesar secreto: en aquel momento estaban solos.

—Vamos, Faliero—díjole sonriendo para distraerle de su preocupación.—¿Cuál es la causa de la sombría tristeza que al parecer os agobia? ¿Será por ventura que la corona ducal os abraza ya la frente?

Esta interpelación desagradó al Dux; pero no se le ocultaba que debía su elección á Bodoeri, y que la influencia de este patricio era inmensa, por lo cual, reprimiendo un arranque de mal humor, contestó que su preocupación no reconocía más causa que la urgencia de adoptar medidas para combatir al enemigo.

—Los detalles—repuso Bodoeri—no deben perturbar vuestra tranquilidad de espíritu, pues ahora se discutirá en el Senado el plan para defender la ciudad. No he venido temprano á visitaros para hablar de guerra, no; el asunto de que deseo hablaros sólo interesa á vos... ¿No lo adivináis?... Vengo á proponeros un matrimonio...

—¿Un matrimonio? ¡Vaya una ocurrencia!—exclamó el Dux volviendo la espalda á su amigo.—El día de la Ascensión está lejos aún, y de aquí á entonces espero que, con ayuda de Dios, el Adriático, ilustrado por mis victorias, podrá recibir orgulloso mi anillo de boda.

—¿Y quién os habla—replicó Bodoeri con impaciencia—de las fiestas de la Ascensión y del misterioso matrimonio de los Dux con el Adriático? ¿Es la mar una esposa tan fiel, que podáis considerarla como único objeto de eternos amores? ¿No conocéis acaso sus perfidias? Á cada nuevo reinado recibe un anillo, cual tributo de esclavos que sucesivamente le pagan los soberanos de Venecia. Yo creía, Faliero, que una vez elevado á la cumbre del poder, elegiríais la más hermosa de las hijas de la tierra.

—¿A mi edad?—murmuró Faliero.—¿No veis que estoy quebrantado ya por los trabajos de la vida? Y por otra parte ¿cómo podría amar?...

—¡Cómo! ¿se ha de medir la vida por la suma de los años y por la grandiosidad de las obras llevadas á cabo? ¿Será posible que al Dux de Venecia le parezca pesado el acero en la mano, y que al subir la escalera

del palacio ducal haya sentido flaquear sus rodillas bajo el manto de la púrpura?...

—¿Quién dice tal cosa?—exclamó Faliero, alzando la voz.—¡No; pongo por testigo á San Marcos de que no tengo el brazo más débil, ni el paso menos seguro que en mis mejores días!...

—En tal caso—repuso Bodoeri—aún es tiempo de recoger las más bellas flores de la vida: elevad al grado supremo á la mujer que yo os propondré, y toda Venecia aprobará vuestra elección...

Y aprovechando el momento en que el Dux se exaltaba á pesar de sus ochenta años, Bodoeri hizo el retrato más seductor de la joven á quien se refería, ensalzando sus perfecciones: sólo faltaba decir el nombre. Cada palabra producía su efecto; las facciones marchitas de Marino se dilataban, y sus labios se estremecían, como si en aquel momento hubiese bebido el más delicioso licor de Siracusa.

—¡Hola, hola!—exclamó—¿Y quién es ese tesoro de belleza?

—Es mi sobrinita—replicó Bodoeri;—de ella tengo el honor de hablar á Vuestra Gracia.

—¡Vuestra sobrina, Bodoeri! Yo creí que estaba casada hace mucho tiempo con Bertuccio Nenolo, cuando yo era Podestá de Trevisa.

—Vuestra Gracia se refiere sin duda á mi sobrina Francisca; la joven que yo os propongo es su hija. Nenolo pereció en un combate naval; su desconsolada viuda se retiró á un claustro en Roma, y yo eduqué á su hija Annunziata en mi quinta de Trevisa, oculta á todas las miradas y en el retiro más completo. Es una hermosa joven, que apenas cuenta diez y nueve años, y que se recomienda tanto por las seducciones de la belleza como por el encanto de sus virtudes; será sumisa como una niña, y fiel como una esposa agradecida.

—¡Quiero verla, quiero verla!—interrumpió el Dux,

que mentalmente se retrató al punto con los más vivos colores la imagen de la hermosa Annunziata.

Algunas horas después, al salir del Consejo, Marino Faliero encontró á su paso á la maravillosa joven, en la cual cifraba Bodoeri todas sus esperanzas de alcanzar pronto el poder. El aspecto solo de Annunziata perturbó al Dux de tal modo, que sus labios no pudieron pronunciar más que algunas palabras sin ilación; mientras que la joven, aleccionada ya sin duda sobre la manera de conducirse ante el soberano, arrodillóse ruborizándose, y besó la mano que el Dux le presentaba, diciéndole con voz tan conmovida que apenas se la oyó:

—¿Se dignará Vuestra Gracia concederme el insigne honor de permitir que me siente á su lado en el trono ducal? Toda la vida de vuestra humilde servidora no bastaría para pagar semejante favor.

Marino Faliero se estremeció de placer al escuchar aquella voz celestial; el contacto de la mano de Annunziata produjo en sus nervios una sacudida eléctrica; parecióle que una nube velaba sus ojos, sus piernas flaquearon, retrocedió algunos pasos vacilante, como si estuviera ebrio, y dejóse caer en un gran sillón. Bodoeri, con la vista fija en el Dux, procuraba reprimir la risa que le causaba la situación lamentable de su anciano amigo, y desde luego comprendió todo cuanto podía esperar de aquel primer éxito. La inocente Annunziata, por su parte, no sospechaba que iba á ser vendida al anciano coronado. Ningún testigo presenciaba aquella escena. Faliero parecía reflexionar; sin duda pensaba que su unión con una joven de diez y nueve años le pondría en ridículo á los ojos del pueblo; pero el hábil Bodoeri le hizo varias observaciones, y ambos resolvieron, de común acuerdo, que el matrimonio se efectuara secretamente; Annunziata sería presentada á la nobleza y al pueblo como esposa

de Faliero desde hacía algunos años, aparentándose que llegaba de Trevisa, donde había vivido cuando el Dux era embajador en Avignon.

Dirijamos ahora una mirada á cierto joven lujosamente engalanado que se pasea en el Rialto, hablando con judíos, turcos, armenios y griegos; en su mano resuena una bolsa llena de monedas de oro; pero precoces arrugas surcan su frente, como si el dolor hubiese acibarado ya su existencia; va y viene de un lado á otro, detiéndose á veces, y después prosigue su marcha con evidente inquietud. De pronto parece tomar una determinación; salta a una góndola y hace seña á los remeros para que le conduzcan á la plaza de San Marcos. Llegado aquí, comienza de nuevo á pasear, con los brazos cruzados sobre el pecho y fija la vista en tierra: en vano se entreabren las ventanas á su paso y oye murmurar dulces palabras; no ve ni oye nada, y prosigue su camino. ¿Quién podría reconocer en aquel joven al pobre Antonio, á quien dejamos herido y hambriento sobre las baldosas de la Dogana? Una voz bien conocida le saluda en el momento de pasar por delante del atrio de la iglesia de San Marcos; vuelve la cabeza y ve á la anciana que el día antes le predijo su feliz aventura; busca en su bolsa y hace ademán de sacar algunas monedas.

—¡Guarda tu oro!—exclama la mendiga—pues soy más rica que tú, hijo mío; pero si quieres obsequiarme, regálame una esclavina nueva que me preserve del viento y de la lluvia, y Dios te lo pague. Sólo te recomendaré que huyas del *Fontego*, y no lo olvides.

Antonio miraba con aire compasivo á la pobre mujer; su recomendación le pareció absurda, y para que no le molestase con su insistencia, comenzó á tratar de bruja y loca á la buena anciana. Al oír aquel ultraje, la infeliz cayó sobre la escalinata como herida del rayo, y el joven corrió á levantarla.